

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. A. P. Rioja.—*Cartas sobre la Educacion*, por D.^a Angela Grassi.—*El Otoño* (poesía), por D.^a Elvira Solís Creppi.—*Casarse por carambola* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 835.—*Grabado de Labores*, núm. 56.



REVISTA DE MADRID.



O han de gozar siempre el privilegio exclusivo de dar materia á las revistas del CORREO la vida animada de la sociedad madrileña y los saraos de sus salones. Los sucesos de verdadero interés, y que por su actualidad son, con justo motivo, objeto de la conversacion general, tienen de derecho un lugar en estas crónicas.

La inauguracion del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, único trayecto que no estaba terminado en la línea de Madrid á Lisboa, y cuya apertura oficial se verificó el día 23 del mes que ha espirado, nos dió favorable ocasion á nosotros, como á otros muchos compatriotas á quien la galantería de la empresa constructora, invitó á asistir á un tan esperado como fausto suceso, para visitar, siquiera fuese muy á la ligera, la capital del vecino reino lusitano, reino unido un día al nuestro, bajo las leyes de un mismo y potente cetro, separado despues por las misteriosas leyes de la Providencia, y hoy unido por los laudables esfuerzos del hijo del siglo XIX, con una línea férrea, que cuando menos, hará mas cordiales las relaciones de simpatía que dos pueblos como España y Portugal se deben.

No es nuestro intento discurrir acerca de la trascendencia que lleva en sí este reciente suceso, ni el de transportar á las amables lectoras de EL CORREO á la patria de Camoéns y Vasco de Gama para que se inicien en los detalles de su suelo, de sus artes, de sus ciencias, de todas esas particula-

ridades que para conocer las condiciones esenciales de un país, son de todo punto necesarias.

Tal empresa, no seria procedente aquí; además, una poblacion de 300,000 almas como Lisboa, tiene grandezas indescriptibles para el que dentro de su anchuroso recinto no ha permanecido el tiempo preciso para abarcarla.

Solo á vista de pájaro podemos contemplar esta bella ciudad, menos conocida por los españoles que París, Londres ó Roma, y esto, porque felizmente está dispuesta para que, de una sola ojeada, admiren los ojos avaros de maravillas, su estenso anfiteatro, que parece salido como la Vénus mitológica de entre la espuma del mar.

Solo Carlos Haes, nuestro renombrado paisajista, podria bien describirnos la sensacion que causa su vista en uno de esos animados lienzos que el pincel crea, y en que se vé al ave, á la flor y á la nube con sus propios colores. Poesía que se adivina, y preferible siempre á la formulada por el lenguaje.

Lisboa, contemplada desde el Tajo, cuyo curso se desborda allí en una estension prodigiosa para entregar su curso al Océano, ó vista desde la estacion del camino de hierro de Santa Apolonia, es cuanto la imaginacion oriental puede crear.

Venecia, recostada en el Adriático, ó Constantinopla reflejada por las aguas del Bósforo, son acaso las dos únicas ciudades cuyo idealismo se recuerda.

Ven los asombrados ojos, bajo las azules y blancas gasas de un cielo como el italiano, envuelta en-

tre las brumas que se elevan del mar, y como meciéndose en la agitada superficie del Tajo salpicado de cientos de embarcaciones, el panorama de Lisboa, bello y grandioso como no pudiéramos describir.

Sobre las siete colinas donde está asentada la ciudad, aparecen en caprichoso kaleoróscopo los altos arbustos, medio velando el huertecillo donde asoma la palmera y el naranjo; el vetusto edificio donde campea el tosco gusto romano, confundido con la esbelta Catedral del Renacimiento, el palacio árabe, ó la morada en que el gusto ojival ó el jónico sobresalen en aquel *pan-demonium* de estilos arquitectónicos.

Mas de doce kilómetros de estension recorre la vista en el original anfiteatro.

Como remate, aparece limitándolo por el E. un blanco y alegre pueblecillo llamado *Poço do Obispo*. Aquella linda villa, mirada tan de lejos, es la paloma, que desde las arenas de la playa moja sus nevadas alas en las ondas del mar. Por el opuesto extremo, por O. limita otro pueblo, nombrado *Pedroço*, los dilatados barrios de Lisboa.

Yo os llevaria desde el muelle, dejando para mas tarde el entrar en la ciudad, á bordo de cualquiera de los lijeros vaporcitos que por la mezquina moneda de cobre que los naturales llaman *pataco* (menos de medio real), van recorriendo la costa, y disfrutando de delicioso encantamiento, hasta *Calçilhas*, *Barreiro* ó *Seixal*, lindos pueblecillos adonde se estienden estos paseos marítimos.

Mas ni aun detenerme puedo si hemos de arrojar una mirada por la poblacion, en el hermoso paseo de la Aduana, situado á la izquierda de los muelles: melancólica y elegante alameda que hace parar involuntariamente un instante la planta.

Desde la plaza del Comercio, conocida vulgarmente con el nombre de *Terreiro do Paço*, á la que se entra por los muelles, hasta el bonito paseo de la Estrella, que está situado en el extremo opuesto de Lisboa, el viajero ha recorrido toda la parte nueva de la poblacion, construida despues del terremoto sentido allí en 1755.

Este trayecto es lo que constituye el pueblo hermoso, la ciudad digna de visitarse para recibir una impresion agradable, y que ofrece parecido aspecto al de las mejores de Europa.

Viene á ser como en Madrid, un paseo desde la puerta de Alcalá hasta la Cuesta de la Vega, sin apartarse mucho del camino derecho.

El resto de la poblacion ofrece, como todas las capitales de primer orden, bellezas diseminadas por un campo desigual y no siempre vistoso.

En Lisboa, acaso mas que en otra parte se notan estas desigualdades, efecto del terreno sobre que está construida. Maravilla observar como los carruajes, ruedan por aquellas *ruas* tan empinadas, sin que la habilidad de los aurigas, ó la fortaleza de los caballos, desmientan su fama.

Días y aún semanas, necesitaríamos para internarnos por estas calles y visitar sus templos, sus palacios, sus bibliotecas, todos esos monumentos que los siglos y los hombres van amontonando en todo pueblo importante.

Lisboa tiene dentro de su recinto mil cosas dignas de visitarse, cuya reseña es imposible hacer aquí.

Aun en la parte baja de la poblacion, que es la que data solo de poco mas de un siglo, y es el centro mas animado de Lisboa, es tan multiplicado el número de objetos que llaman la atencion del viajero, que difícilmente podríamos anotarlos ó enumerarlos tan solo en un artículo.

Desde el *Terreiro do Paço* lo que mas cautiva la atencion, es: primero, en el centro de aquella soberbia plaza formada por tres frentes de elegantes edificios, la estatua ecuestre de D. José I, fundida en bronce, y descansando en un bello pedestal de mármol, al que cercan espesas verjas de hierro.

Luego al N. de la plaza, el precioso Arco de la *Rua Augusta*, aun sin terminar.

La *Rua Augusta* es una calle espaciosa, elegante, de perfecta alineacion, con edificios sencillos y de buena apariencia, en cuyo primer piso solamente tienen balcones. Las tiendas son vistosas en general, aun cuando no muestran en sus escaparates esa profusion de objetos artísticos y de valor que los ojos están acostumbrados á mirar en nuestras fastuosas tiendas de la Carrera de San Gerónimo ó de la calle de Espoz y Mina.

Idénticas en visualidad son sus colaterales, las *ruas Aurea* y *Bella Reinha*, y las adyacentes de *Franqueiro do Ouro*, *Almada Chado* y *plaza do Luis de Camoens*, en la que sobre un pedestal de piedra se alza la estatua del autor de *Las Lusitadas*.

Ni la afluencia de carruajes, ni la concurrencia de gentes á pié, puede compararse en estas calles, á pesar de ser las principales de la corte portuguesa, con cualquiera de las del centro de Madrid.

Observa el extranjero, que rebasan los límites en que puede encerrarse una poblacion como Lisboa, donde no reina esa febril y continua animacion, ese vaiven exuberante de vida que sobresale en París ó Madrid, especialmente. Y lo mismo que en las calles, se hace esta observacion en los paseos y demás sitios públicos.

La rua Augusta termina en la plaza de D. Pedro ó *do Rodo*, donde se alza el teatro de D.^a Maria II.

Este coliseo de declamacion, y uno de los mas bellos de Lisboa, tiene un exterior magnifico; su personal lo compone lo mas selecto de los actores portugueses, y es el que, compitiendo con el de San Carlos (destinado á la ópera italiana), y formado por el modelo del de la Scala de Milán, reúne á lo mas distinguido de la sociedad lisbonense.

En San Carlos, lo mismo que aquí, aun cuando el salon se vé magnifico, los artistas de nombradía, y nada falta en cuanto á la parte principal del espectáculo, echa de menos quien ha admirado la anchurosa rotunda de nuestro Real ó Jovellanos, algo que recuerda una coleccion de mujeres soberanamente bellas, mostrando tesoros de poesia en sus ojos, y tesoros de mas sonoro valor en sus descubiertas gargantas y en sus artisticos tocados.

La seda, los perfumes, las gasas, y todo cuanto envuelve en fascinadora nube el recinto de nuestros teatros, si se ostenta en los de Lisboa, es indudablemente en escala mas inferior.

De aquí necesariamente que acontezca lo propio en los paseos. En el bellissimo que está situado á espaldas del teatro de D.^a Maria, hay que borrar el recuerdo de las Amazonas, y de las que, muellemente reclinadas en el fondo de una carretela, cruzan como visiones celestiales ante los asombrados ojos de un provinciano por el Prado ó la Fuente Castellana.

Al mirarlo bajo otro aspecto, esto tal vez sirva para cantar alabanzas en pro de las damas portuguesas.

Mas sea como quiera, el extranjero que ha reparado en estos mundanos accidentes, nota despues la

excusez de mujeres, y de mujeres bellas sobre todo, que se exhiben en los sitios públicos.

Los cafés no se ven favorecidos como en nuestro pais por su presencia, aun cuando Lisboa tiene establecimientos como el de los Espejos, el Suizo, y otros muchos que no desmerecen de los nuestros.

Este eclipse tan notado no debe reconocer por causa la beatitud exagerada ni la mogigateria que las mujeres emplean en su vida ordinaria en otros pueblos de Europa.

Hábitos de educacion, ó sistema especulativo; simplicidad de costumbres, ó modelos de rigidez perfecta, se observa desde luego que la dama portuguesa no toma en la vida social esa parte integrante, y acaso principal, que es hoy en la sociedad española una de las cosas mas dignas de estudio por la influencia que ejercen sobre las costumbres.

El pro y el contra de semejante actitud social no lo apreciaremos aquí; solo recordaremos, por lo original del ejemplo, lo que al tratar familiarmente del asunto, nos decia en Lisboa uno de sus insignes literatos: «Creo que si España pensara alguna vez en conquistar á Portugal, el ejército que podria mandar mas temible para nosotros era una legion de españolas, sin mas armas que su abanico y sus miradas.»

Esto mismo deben haberlo repetido mas de una vez á las mujeres de su pais.

Por mi parte, sin exclarecer la cuestion, os aconsejaria, lectoras, que puesto que la corte partirá en breve para Lisboa, y que la compañía del ferrocarril pone de su parte cuanto puede para hacer cómodo el viaje, teneis favorable ocasion de conocer á fondo el pueblo que ligeramente y sin detencion he tratado en este artículo.

A. P. RIOJA.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

XI.

Obra de la escultura es la pila de agua bendita que se halla á la cabecera de tu lecho; el uso del agua bendita fué introducido el año 120 despues de Jesucristo; obra suya es ese Crucifijo de marfil, ante el cual rezas tus oraciones por mañana y noche.

La escultura acaso tiene mas derecho que la pintura á

despertar nuestro entusiasmo, por cuanto la concepcion que la preside es mas severa y mas grandiosa. ¡Pasma el considerar que un pedazo de mármol tosco é informe, se convierta bajo el cincel del inspirado artista, en estatua llena de animacion, vida y belleza.

La antigüedad, tan célebre por sus prodigios arquitectónicos, no lo fué ménos por su estatuaria.

En el tiempo en que se construian monumentos tan colosales como el templo del Sol en Balbek, ciudad de Siria; los muros de Babilonia; las Pirámides de Egipto, y el palacio de Ciro, cuyas piedras estaban unidas unas á otras con capas de oro: en el tiempo en que la Grecia se cubría de

maravillas tales como el templo de Diana en Efeso, el laberinto de Creta, el Partenon, templo de Minerva en Atenas, el famoso de Tebas, y tantas infinitas obras sorprendentes que apenas se atreve á soñar la fantasía, la escultura debió llegar á su apogeo y producir concepciones inmortales.

Y así fué en efecto: bajo el cincel de Fidias, Praxiteles y otros escultores célebres, brotaron esos mil portentos que forman aun el mas preciado tesoro de nuestros Palacios y Museos. Mientras Fidias, en union con sus discípulos, adornaba de bajos relieves los frontones y los frisos del suntuoso templo de Minerva, mientras ejecutaba en marfil la estatua de esta misma diosa, de 36 piés de alto, que llevaba en su mano derecha una Victoria de 5 piés, y estaba adornada con una banda de oro, que valia muchos millones de nuestra moneda actual, mientras conquistaba un lauro eterno con su estatua de Júpiter Olímpico, Pythiso colocaba en la parte superior de la pirámide que terminaba el soberbio mausoleo, un carro tirado por cuatro caballos, todo de mármol blanco, Lisipo fundia en bronce la colosal estatua de Alejandro, y Alcámenes labraba la de Vulcano, que debía adornar la plaza pública de Atenas, su pátria, con tal habilidad, que representando al Dios de pié, solo daba á conocer que era cojo por el traje.

¡Parecía que entonces el génio se cerniese en los espacios, lanzándose hácia el sol con alas de oro!

Pero al lado de Grecia se alzó Roma: Roma fué en breve el espléndido foco que hizo convergir hácia su seno todos los rayos espléndidos, pero esparcidos, que iluminaban la tierra. El arte de la escultura, como los demás, pasó á la nueva capital del mundo, y los mutilados templos de la Grecia vieron desaparecer las estatuas de sus Dioses protectores, para ir á adornar los templos, las plazas y los palacios de la conquistadora, altiva y prepotente.

Émulos al principio los romanos de los artistas griegos, se esforzaron en imitarlos, y las majestuosas columnas Trajana, Antonina y de Duilio, que forman aun el asombro de los que visitan la Ciudad Eterna, el arco de Septimio Severo, en cuya cúspide habia un carro triunfal tirado por seis caballos, en el cual estaban las estatuas de los dos emperadores Severo y Caracalla, y cuatro estatuas de oficiales romanos, dos á pié y dos á caballo, todo de bronce dorado,

el teatro de Marcelo, que podía contener hasta treinta mil espectadores, el anchuroso Circo, el mausoleo de Adriano, y por último, el templo de Júpiter Tonante, edificios todos bellísimos, adornados de estatuas y bajos relieves asombrosos, prueban hasta qué grado supieron elevarse y competir con sus maestros.

Pero á pesar de estos triunfos, el arte se fué estinguendo poco á poco allí, enervado primero por la molicie, ahogado despues por la rudeza de los bárbaros.

Nuestras generaciones posteriores, mas industriosas tal vez, pero mas mezquinas y apocadas, no se sintieron con fuerzas para imitar aquellas cyclopeas concepciones, y aunque es cierto que en la Edad Media la escultura pareció renacer, dedicándose á adornar nuestras vastas y macizas Catedrales, la mayor parte de aquellas obras, debidas á autores desconocidos, son groseras y de mal gusto.

Mayor vuelo alcanzó en el siglo XVI, cuando Miguel Angel, Benvenuto Celini, Sansovino, y otros, intentaron hacer respirar de nuevo el duro mármol, y darnos á comprender las maravillas de Fidias y Praxiteles; pero de todos modos, el arte moderno no ha alcanzado el apogeo á que llegó el antiguo, y la Vénus de Nilo, el Apolo de Belvedere, el grupo de Laoconte y la familia de Niobe, no han encontrado todavía rivales dignos de ofuscar su gloria.

No quiero concluir esta brevísima reseña, sin contaros una anécdota atribuida á Antistenes, filósofo discípulo de Sócrates y jefe de la secta Cínica, que vivió 396 años antes de Jesucristo.

Un jóven, enamorado cual otro Narciso de sí mismo, habia mandado fundir su estatua en bronce, y la enseñaba con orgullo á sus amigos. El filósofo le preguntó:

—Si pudiera hablar esa estatua, ¿de qué se glorificaría?

—¡De su hermosura! respondió lleno de fatuidad y de entusiasmo el jóven.

—¿Y no te avergüenzas, necio, repuso Antistenes, de fundar tu gloria en lo que constituye la gloria de una cosa inanimada?

Retened en la mente este agudo dicho del filósofo cínico, dulces niñas, y no deis jamás á vuestras perfecciones físicas mas valor que el que razonablemente se las debe!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

AL OTOÑO.

¿Por qué con duro brazo los árboles desnudas
De los vestidos ricos que primavera dió?

¿Por qué desapiadado sus ricas galas mudas
En palos, cuyos trajes el huracan rasgó?

¿No adviertes que sus ramas, privadas de ese abrigo,
Los copos de la nieve tendrán que resistir,
Cuando sobre ellas venga, cual pérfido enemigo,
La mano del invierno que empieza ya á regir?

¿Qué se hizo de sus hojas, bello matiz, que un día
Su copa coronára con juvenil verdor,
Al par que entre sus velos, oculto sostenia
El nido en que sus hijos guardaba el ruiseñor?

¿Cuál fué la dura suerte que cupo á su rocío?
 ¿Quién de su vida el hilo cortó con mano audaz?
 ¿Do fué la pura brisa, que en ardoroso estío,
 Mantuvo su frescura con sana intensidad?

¡Cuán pronto lo perdieron! ¡Cuán luego en torbellino
 Vinieron de sus ramas las hojas á caer,
 Para que humana planta pisara en su camino
 La gran labor que pudo la primavera hacer!

¡Qué cuadro á nuestra vista tan triste se presenta,
 El que antes tan alegre, tan bien nos pareció!
 Ni un árbol su hermosura, su lozanía ostenta,
 Porque de su verdura ya nada le quedó.

Y en vez de ver sus copas, cubiertas de esmeraldas,
 Que aquí y allá la vista pudieran distraer,
 Miramos que deshechas cayeron sus guirnaldas,
 Porque impetuoso el viento logrólas desprender.

Pero cual noche oscura lleva tras sí la aurora,
 Que alegra el triste suelo su frente al levantar;
 La hermosa primavera con voz consoladora,
 Detrás del crudo invierno también se vé llegar.

No así la vida humana dos primaveras tiene;
 Su juventud se pasa, se acerca su vejez;
 A rejuvenecerla ninguna mano viene,
 No mas una vez nace, y acaba de una vez.

ELVIRA SOLIS CREPPI.

CASARSE POR CARAMBOLA.

(Continuación.)

III.

Marcháronse los gitanos, y Azucena se quedó en Murviedro, y en la propia casa del Conde de Peñasflor. Para evitar el escándalo, se dijo que la tomaba en calidad de sirvienta; Pepillo el cojuelo, á quien no fué posible separar de su compañera, obtuvo el permiso de dormir en la cuadra y comer en la cocina.

Por breves días D. Enrique dejó de aburrirse, distrayéndole sus amoríos con la graciosa gitanilla. Mas bien pronto la vergüenza y el remordimiento hablaron mucho mas alto y con mas elocuencia que su capricho, y hubiera dado todo cuanto poseía por verse libre de la gitana. Más no era fácil cosa romper aquellos lazos, Azucena le amaba con toda la energía de su corazón salvaje. D. Enrique era su ídolo, su vida, por él hubiera dado su sangre, su alma, y mas todavía si posible fuera. Esclava de sus gustos, la pobre niña devoraba sus desprecios, escondíase para llorarlos, callábale sus quejas, y servíale con tanto celo, con tanta mansedumbre, que nadie hubiera reconocido á la despierta bailarina en aquella pobre y humilde criatura que permanecía horas, y aun días enteros, con la cabeza inclinada, la frente pensativa y apoyada en las manos, el oído atento al

mas leve rumor, y aguardando á su amante con angustiosa impaciencia.

Compadecíala el Conde, y al mismo tiempo maldecía de su loca pasión; pasaba los días fuera de casa, huyendo de Azucena, como hubiera querido huir de sí mismo. Una especie de remordimiento emponzoñaba sus mas dulces recuerdos. Persegúale una imagen querida y agraviada. Apenas cerraba los ojos, veíala sonreír melancólicamente, y decíase á sí mismo: ¿Cómo has podido serla infiel?

Esta situación era demasiado violenta para que durase largo tiempo. Azucena sufría, y abrigaba en su corazón una tormenta, que tarde ó temprano debía estallar, y estalló.

Había cerca del dormitorio de D. Enrique un gabinete misterioso, como aquel donde Barba azul guardaba sus víctimas; su puerta, siempre cerrada, solo se abría para el Conde, y éste guardaba la llave con tal esmero, que nunca pudo la gitana cojerla por mas que lo intentó. Mil veces había mirado por el ojo de la cerradura, sin ver nada que pudiera satisfacer su curiosidad, tanto mas viva, cuanto mas veía que su amante pasaba largas horas encerrado en el misterioso gabinete, del cual salía triste y hondamente preocupado.

Una mañana vió salir de allí distraído, y sentarse á tomar el desayuno sin dirigirle una mirada siquiera; la joven reprimió el impulso de su ira, y contuvo los sollozos que anudaban su garganta. Acercóse á los hierros de la ventana y se puso á mirar al campo, ó mejor dicho, á finir que le miraba.

El Conde no despegó sus labios temeroso de provocar una escena desagradable. Sus relaciones con Azucena se hallaban en ese grado tan frío en que los amantes prefieren los tercetos á los duos. Así es que los ojos del Conde volvíanse con ansiedad hácia la puerta, esperando que un tercero acudiese á sacarle del apuro.

De pronto se oyó en la pieza inmediata un estrépito causado por el pintor que acudía en busca de su compañero, y á la manera de un torbellino derribaba cuanto se le ponía por delante; venía sin sombrero, con las manos levantadas, y los ojos chispeantes de alegría.

—¿Qué traes? le preguntó el Conde, devorando con los ojos un papel que le mostraba el recién venido.

—¡Una carta! el mensajero viene de la corte, acaba de apearce.

—¡Oh, venga, venga! y vamos adonde podamos leerla sin estorbo.

—¡Sin estorbo! repitió sordamente la gitana, el estorbo soy yo, no me ama, quiere á otra. ¡Oh, yo lo averiguaré!... y al decir esto, echó mano al puñal, y corrió hácia la puerta del misterioso gabinete, violentó la cerradura, y por fin logró penetrar en aquel vedado recinto.

¿Qué había en él? Nada mas que una especie de altar, y encima el retrato de una mujer, pálida, rubia y vestida de luto, con un ramo de jazmines en la mano. Sobre la mesa veíase otro ramillete de las mismas flores, ya secas y despojadas de su aroma, pero cuidadosamente guardadas, como una reliquia.

El Conde no tardó en volver gozoso y agitado, dirigióse á la puerta de su estancia favorita, y con gran sorpresa vió que se hallaba solo entornada. ¿Quién ha osado entrar aquí? preguntó con voz de trueno.

—¡Yo! contestóle Azucena con una voz ronca y alterada. Yo, que al fin he podido averiguar el misterio que me ocultabas. Ahora ya sé que tienes una querida. ¡Es esa! ¡esa! cuya imagen voy ahora mismo á despedazar, como la despedazaré á ella si la encuentro; y alzando el puñal iba ya á matarla en el lienzo, cuando el pintor, que había entrado á tiempo para evitar el golpe, la detuvo, apoderándose de sus dos manos, y diciendo con la santa indignación del artista que ve su obra en peligro de ser profanada.

—¡Detente, mujer ó demonio! ¿Qué te ha hecho esa pintura? ¡Es mi obra maestra!

—¡Suéltame, suéltame! gritaba la furiosa gitana, retorciéndose como una desesperada, y haciendo tales esfuerzos, que sudaba el artista gritando: ¡Esta mujer es una fiera sin domesticar! la fortuna es que vamos á darla suelta. No veo la hora de irnos.

—¡Iros! repitió la gitana, perdiendo repentinamente las fuerzas, y cubriéndose de una palidez tan cadavérica, que no pudo menos de conmover profundamente al Conde, cuyo enojo se había trocado en compasión...

—¡Pobre niña! exclamó; fuerza es que nos separemos. ¡Esto no puede durar mas tiempo!

—¿Es decir, que me arrojaís de vuestra casa? preguntó ella con voz sorda y desfallecida.

—No por cierto, soy yo quien voy á dejarla para siempre, y tú no puedes seguirme.

—¿Por qué?

—Porque daríamos un escándalo... Ya ves, yo sigo una carrera... Tengo un porvenir... No hemos nacido el uno para el otro... Por tu propio interés debemos cortar nuestras relaciones... Para tí es necesaria la libertad... la vida suelta y vagabunda... Yo estoy ligado á otras leyes que tú desconoces, que te impedirían ser feliz á mi lado, como lo eras... como lo serías al lado de los tuyos.

—Lo era el día que por vez primera te conocí en el camino del Escorial, pero ya no lo seré jamás lejos de tí.

—Estás equivocada, se apresuró á decir el Conde, y te daré mucho dinero, y con él podrás vestirme con un lujo que no habrá gitana que pueda igualarte, como no hay bailarina que te iguale; rica, libre, feliz, aplaudida y amada por el público, serás la bailarina mas dichosa del mundo.

—Para eso tendría que perder la memoria, tendría que olvidar como tú, y eso, que para tu corazón es tan fácil, para el mío es imposible. No, no, mi corazón no es como el vuestro, señor Conde, añadió la gitana, dando á su acento una espresion de amarga y punzante ironía. Ya se vé, yo no soy mas que una gitana, una vagabunda, una pobre mendiga, que no merece que se la guarde ningun miramiento. Bastante fineza es haber admitido mi amor, este amor ha cansado al señor Conde, y nada mas justo que decirme: ¡Vete, y llora donde no te oiga! Una gitana vale tanto como un perro sarnoso, á quien se le dice: ¡fuera de aquí! y si no quiere marcharse, se le pone al cuello una piedra ó un dogal y se le arroja al río.

—¡Qué cabeza! exclamó Fernando con tono que revelaba una profunda lástima. ¿Dónde has ido á buscar esa comparacion del perro sarnoso?... ¿No conoces, mujer, que D. Enrique desea, por el contrario, que vivas libre, gozosa y rica en tu clase y condicion, que no es ni puede ser compatible con la suya.

—¡Mil gracias por la fineza! repuso la gitana con sarcasmo. Solo por hacerme dichosa queréis que me vaya, ¿y adónde?

—Al aduar de los tuyos.

Los míos no se parecen á vosotros, repuso Azucena con violencia. No son traidores á sus queridas, ni aguantan sus infelicidades; la mujer que les falta, muere á sus manos, como yo moriría de seguro á las del Mochuelo.

—¿Qué Mochuelo es ese, criatura? ¿de quién hablas?

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

Dos son las obras nuevas de que hoy podemos tratar como recientemente representadas. Una de ellas ha venido al mundo con próspero destino: otra ha muerto apenas nacida sin dejar huella de su paso. Ambas pertenecen á lo que los franceses llaman proverbios, en el teatro; por más que, si mal no recordamos, la segunda no haya sido calificada así en los carteles.

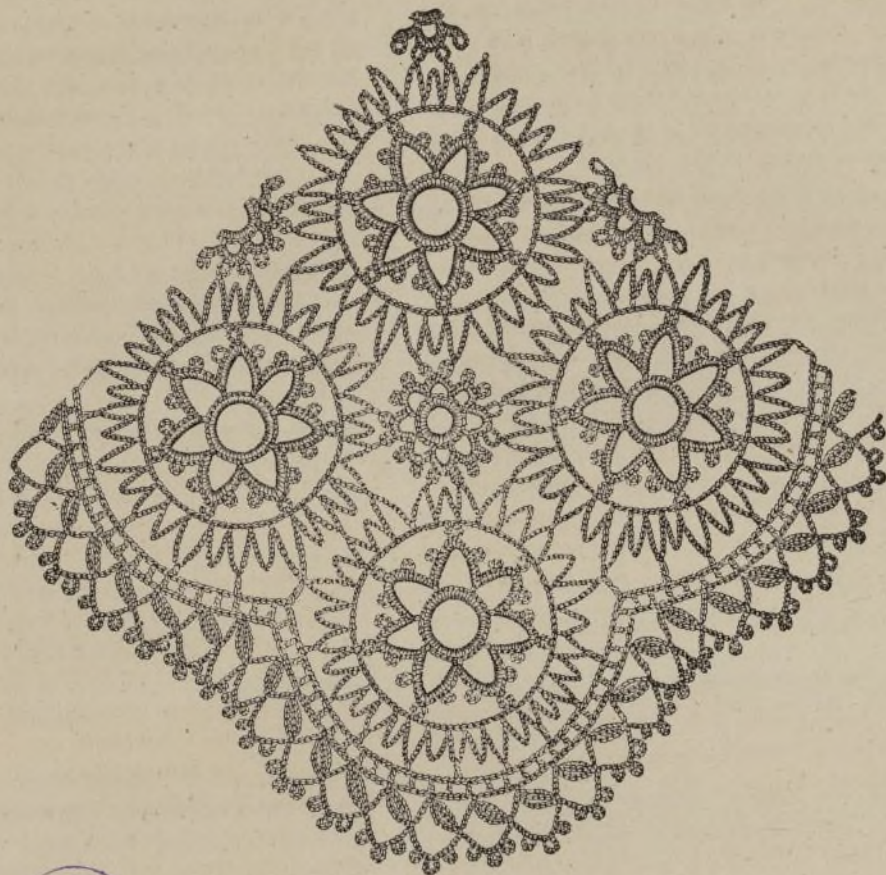
El proverbio no significa un género especial en la escena, cuyos rasgos característicos lo diferencien de todos los demás. Por tradicion de la literatura francesa se ha convenido en llamar de tal modo á cierta clase de composiciones dramáticas, de sencilla estructura y escasa accion, dirigidas á comprobar la verdad de un proverbio que les sirve de título y pensamiento. Se vé, pues, que es de mera forma,

de meros accidentes el origen de semejante calificación.

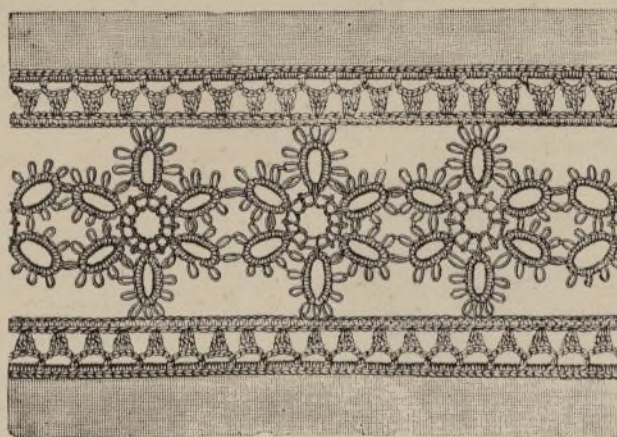
A las dos obras citadas puede sin embargo clasificarse en el expresado concepto por concurrir en ellas las circunstancias que antes hemos indicado.

Es la primera de ellas una comedia en prosa y en un acto ejecutada en el coliseo de la ZARZUELA. Titúlase *Mas vale maña que fuerza*. La aplicacion de este pensamiento está hecha á una faz interesante de la vida, como lo es la tranquilidad del matrimonio, para cuyo fin figuran en escena dos mujeres de carácter encontrado, una apacible y conciliadora, otra camorrista y violenta, las cuales, deseando que sus respectivos maridos no hagan una cosa inconveniente en su concepto ponen en juego los resortes propios de sus caracteres, siendo el resultado de todo que con-

1



2



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 37.

Núm. 56.

siga sin disgustos su deseo la prudente y comedida, al paso que su compañera, especie de furia con faldas, ocasiona y sufre un recio disgusto y no logra lo que se propone. Se infiere por lo tanto que, aun cuando en términos de risa, la lección no deja de ser seria y la significación de la obra no deja de ser importante. El desarrollo favorece mucho á la idea porque abunda en detalles de verdad humana manejados con habilidad artística; y por lo que toca á los caracteres puede decirse que son personas que viven y no creaciones teatrales. Finalmente el diálogo es correcto y chispeante. En suma: *Mas vale maña que fuerza* es una obrita de buen fondo y agradable forma que entretiene y enseña. Quedará en el repertorio.

Presentóse esta producción bajo el velo del anónimo, en cuanto al género de arreglo ó imitación á que pertenece. Semejante velo es sin embargo tan transparente para el público que detrás de él ve al arreglador ó imitador y le saluda con su propio nombre. Cuando se ha escrito y publicado mucho es imposible al autor ocultar su persona. *Le style c'est l'homme*: él lo delata á todos. Por lo tanto es un misterio que sólo consigue disgustar, puesto que no realiza el engaño. *Mas vale maña que fuerza* debe estar tomada de una linda pieza francesa que hace tiempo leímos, la cual, si mal no recordamos, se titula *La diplomatie au ménage*.

La ejecución ha sido excelente y llena de animación y vida. Las Sras. Díez y Lamadrid han estado muy felices en sus respectivos papeles. No menos en el suyo ha salido airoso el Sr. Catalina (D. Manuel) y por su parte el Sr. Casañé ha contribuido á armonizar el cuadro. Á la verdad, nada de nuevo ni extraño tiene el buen resultado poniéndose en juego tales elementos.

Ya que de la ZARZUELA estamos hablando debemos añadir que recientemente se ha ejecutado en su escena el drama *Amor de Madre*, traducido por el inteligente Vega, y há tiempo no representado. De la obra nada hay que decir por ser muy conocida de antiguo: del desempeño nos toca sin embargo manifestar que ha sido esmeradísimo y de efecto, sobresaliendo en sus respectivos caracteres de la protagonista y Arturo las Sras. Díez y Lamadrid, y D. Manuel Catalina en el de Lord Melvill. El final del drama se ejecuta con viveza y energía de grande efecto.

En este coliseo se dispone una nueva comedia que se denomina *La cuerda templada*. Deseámosle feliz éxito.

La segunda de las obras á que aludíamos al comenzar la presente reseña, y á la cual se puede calificar también de

proverbio, consta de tres actos en verso y se titula *Quien siembra vientos...* Se ha ejecutado con exigua fortuna en el coliseo del Príncipe.

Encamínase á presentar el castigo de los maldicientes, sacando á la escena á uno de pura raza que en la persona de la que ama se hiere á sí mismo con su propia calumnia. Es por lo tanto la idea de provechosa enseñanza, pero su desarrollo escénico no corresponde á la importancia de ella. La acción es pobre de movimiento y lánguida, y los recursos dramáticos de poca novedad. Por lo que hace á la forma literaria, se nota en ella falta de instinto y sentimiento poético, habiendo sólo uno ó dos pasajes que se destaquen con ventaja del resto de la comedia. En resumen: *Quien siembra vientos...* es una producción de mediano valer en concepto del público; por lo cual se explica su corta vida en las tablas que solo ha durado cuatro noches, á lo que recordamos. D. Manuel Ortiz de Pinedo es el autor de esta producción.

En la presente semana debe estrenarse otra comedia en el coliseo de que hablamos. Nos referimos á *La paz de la aldea*, arreglada ó traducida de la francesa de Victoriano Sardou *Nos bons villageois*, pensamiento análogo al de *A Madrid me vuelvo*, si bien en el tono de drama. Al decir de algunos periódicos, el Sr. Escosura (D. Narciso) es el autor de este arreglo.

Acabadas que sean las representaciones de *La paz de la aldea* tocará su turno á la nueva comedia del Sr. Egulaz denominada *Quiero y no puedo*, en la cual se fundan risueñas esperanzas que deseamos ver realizadas.

De coliseos de declamación nada más podemos decir, porque el de NOVEDADES, que estaba en este número, cerró sus puertas, disolviéndose la empresa que lo regía. De coliseos cómico-líricos sólo podríamos hablar refiriéndonos al de los Buños, único de este género abierto hoy en Madrid. No lo haremos sin embargo porque ninguna novedad se ha representado en él durante los últimos días, ciñéndose sus funciones al paso ó entremes de *El Conjurado* y á la broma de *El motín de las estrellas*, con las cuales van alternando simultáneamente zarzuelitas conocidas del repertorio. Como este género de farsa y pasatiempo no nos gusta mucho á la verdad, nos es indiferente dejar de hablar de la materia.

Anúnciase una obra nueva en dos actos titulada *El sarao y la soirée*, y de ella tenemos buenas noticias. Nos complacerá que sean verídicas, y que sea lisonjero el éxito.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Las rosas de *crochet* que ocupan el primer lugar en nuestro grabado, son de sencilla ejecución, pudiéndose hacer con ellas antimacasares, cubiertas de acerico, y con algodón muy fino ó seda negra, cofias napolitanas, fichús, ó adornos para trajes.

La rosa grande, se principia por 18 ps. de cadeneta,

uniendo el último al primero, para seguir en círculo.

1.^a Vuelta. Toda de puntos dobles.

2.^a—*10 ps. s., 1 de cuatro puntos mas allá en la vuelta anterior*, y se repite de señal á señal, lo que se entenderá para todas las vueltas hasta concluirías. En este resultan seis festones ó presillas.

3.^a—*4 ps. d. en el primer feston, 3 ps. s., 3 ps. d., 3 ps. s., 3 ps. d., 3 ps. s., 4 d.* y se repite en los festones sucesivos.

4.^a—Se sube por entre los puntos hasta el ángulo del primer pico y se hacen: *10 ps. s., 1 p. d. en los tres puntos que forman la presillita del pico siguiente, 10 ps. s., 1 p. d. en la presilla del pico siguiente.*

5.^a—*8 ps. s., 1 p. d. en el quinto de estos ocho, 5 ps. s., 1 p. d., dejando dos por medio de la vuelta anterior, 6 ps. s., 1 p. d., dejando otros dos por medio de la vuelta anterior.* Esta vuelta da por resultado un feston corto y otro largo, con presillita éste en su centro, destinada á unir las rosas unas con otras con auxilio de aguja de coser.

La rosa pequeña, que va entre las grandes, se ejecuta haciendo un círculo de diez puntos, y encima una vuelta de puntos dobles: sobre ésta van ocho festones de cinco puntos, y encima una vuelta de puntos dobles con dos presillitas en cada feston, hechas como la vuelta tercera de la rosa anterior.

Unidas las rosas entre sí, la cenefa que va alrededor es como sigue:

1.^a Vuelta. *7 ps. s., 1 p. d. en la presillita del feston largo, 7 ps. d., 1 p. d. en la presillita siguiente,* y se repite haciendo en lugar de punto doble una barra cuando toca la union de dos rosas.

2.^a—1 bar. en el primer punto, *2 ps. s., 1 bar. en el tercero, 2 ps. s., 1 bar. en el otro tercero.*

3.^a—*5 ps. s., 2 bar. en el primero de estos cinco, y des-

pues se saca 1 p. d. por los tres puntos que conserva la aguja, 3 ps. s., 1 p. d. en el tercero de la vuelta anterior.* Esta vuelta da por resultado festones torcidos, gruesos de una orilla y delgados de la otra.

4.^a—Se sube por los puntos al ángulo del feston, y se hace *6 p. s., 1 p. d. en el tercero de estos, 3 ps. s., 1 p. d. en el primero de ellos, 3 ps. s., 1 p. d. en el primero, 3 ps. s. y 1 p. d. en el centro del otro feston.*

Esta vuelta deja terminada la labor.

El *entredos* que forma la segunda labor, se compone de estrellas de *frivolité* entre dos cenefas de *crochet*. Las estrellas constan de seis hojas, y se cierran reuniendo al final de ellas los dos cabos del hilo, y dejando de ellos lo suficiente para hacer en el centro el círculo calado que muestra el dibujo, y debe ejecutarse con aguja de coser, haciendo un feston flojo hácia adentro.

Para las cenefas se sujetan las estrellas con una vuelta de cadeneta, en el sitio que ellas mismas marcan, lo que forma la primera vuelta.

2.^a—3 bar. en un solo punto, *3 ps. s., 3 bar. en el tercer punto siguiente.*

3.^a—*3 ps. s., 1 p. d. sobre los tres sencillos.*

4.^a—Toda de puntos dobles, lo que forma un apretado feston, por el que se cose á la tela.

Este entredos es á propósito para enaguas, chambras, etc.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 835.

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de raso azul, de falda corta, que deja ver el pié; adornada en el bajo de terciopelitos azules, con cuerpo alto y manga justa, con el mismo adorno en el puño.

Sobretudo-túnica de terciopelo azul *Bismark*, compuesto de cuerpo ceñido sin mangas, y falda mesgada sin pliegues por arriba, abierta por delante, mas corta que la anterior, y cortada toda alrededor en grandes dientes cuadrados. Este sobretodo va orillado de cintas negras perladas de azabache, lleva bordados de azabache en el extremo de cada diente, y fleco de azabache tambien, en el borde inferior de cada uno y en el hombro. Cinturon de terciopelo con cabos flotantes, terminados por fleco, le sujeta en el talle.

Sombrero de terciopelo azul, de fondo redondo, y ala y bavolet derechos, con guipures negros detrás del ala, y bridas de raso de doble cara, negra por un lado y azul por el otro, atadas por detrás.

FIG. 2.^a TRAJE DE SOIRÉ, ó COMIDA.—*Vestido* de raso color rosa, adornado de encajes de Inglaterra.

Falda emperatriz, muy mesgada y con estensa cola, adornada de un grueso cordon en el canto y en las costuras, con ruche de raso en el bajo, que sirve de cabeza á un volante de encaje blanco.

Cuerpo escotado, cubiertas sus costuras de cordon grueso, y adornado asimismo su manga corta de encajes blancos.

Pequeño *echarpe* ó manteleta Luis XV, sujetas por delante las puntas con un gran lazo, orillado de ruche, y al canto inferior dos volantes de Inglaterra.

Cofia diminuta, de terciopelo rosa, guarnecida de fleco de perlas, y cordon de las mismas con flores en el centro, y velete de tul, que baja por detrás orillado de cinta rosa, cuyas puntas se unen por delante sujetas por otra flor, cayendo flotantes los cabos de la cinta.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPNTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.